

EMILIO BARCO

Donde viven los caracoles

De campesinos, paisajes y pueblos

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	II
PUERCA TIERRA (EN RECUERDO DE JOHN BERGER)	17
A la vaca le llora el ojo	19
Tierra lleca	22
Días de bochorno	26
Los campesinos de Berger	32
ENTRE CEPAS	37
El sexto sentido	39
La otra cara de la vendimia	45
¡Chiquitos, cortádmelas por lo marrón!	51
Crónica de una vendimia	55
¡Que os vaya bonito!	61
Lo pequeño es hermoso	64
EN SU NOMBRE (O CON NOMBRE PROPIO)	73
Manolín	75
La Teresa	77
La vara de fresno	79
¿A cómo cuentas?	82
Jacinto Sagarna, el pastor del Gorbea	84
La era de mi abuelo	92

A LA PAC, PAC; Y AL CAFÉ CON COÑAC, CARAJILLO	95
Sin sentido (común)	97
De campesinos a empresarios agrarios a... (no se sabe muy bien qué) y vuelta a empezar	100
El precio del pan, el hambre en el mundo y los agrocombustibles (menudo cóctel)	127
Dame PAC y llámame tonto	138
La España vacía y la PAC	142
DE ANDAR POR CASA	147
Con la cara lavá y recién peiná	149
Cuando nos quedamos sin cabras y sin curas (1950-1959) ...	155
De la boina a la visera de propaganda (Último «cuarto y mitad» de siglo en el sector agrario riojano)	169
ENTRE COL Y COL... (MENESTRA DE VERDURAS)	193
El viejo pero	195
A la sombra de la higuera	197
Donde viven los caracoles	204
¿Concentración en «el regadío»? No, gracias	216
Hortelano (Vivir pobre con elegancia)	220

*A mis hijos Alba y Juan,
para quienes sigo plantando árboles
aunque ya saben que nunca darán «huevos Kinder».*

*... algo que está en el centro de los próximos cincuenta años: cómo vivir placenteramente sin joder al prójimo en el peor sentido de la palabra; cómo vivir barato produciendo lo imprescindible y socialmente útil, consumiendo lo que produzcamos sin mandar, sin que te manden. ¡Ah! Y cantando muchas jotas.**

Mario murió la tarde del día 7 de abril de 2018, a unos días de cumplir ochenta años, mientras en mi pueblo recordábamos lo que eran «las veredas».

* Mario Gaviria: *El buen salvaje (De urbanitas, campesinos y ecologistas varios)*. Colección El Viejo Topo. Barcelona: Ediciones 2001, 1981, pág. 20.

INTRODUCCIÓN

ESPERO QUE LAS HOJAS de este libro no se las coman los caracoles, como se comen las de las lechugas en el huerto que cuido cada año, y usted llegue a leerlas. Si así es, se encontrará un manojo de textos que he ido escribiendo y se han publicado en distintos medios en las tres últimas décadas. En ellos le cuento lo que pienso del trabajo en el campo, de la vida en los pueblos, de quienes allí trabajan y viven, y también de quienes les organizan el trabajo y la vida.

Si esta introducción tiene que ser una cuerda a la que usted pueda agarrarse para seguir el curso de estos relatos, tenderé esa cuerda a partir de mi propia vida.

Me parió mi madre en la década de los cincuenta, «Cuando nos quedamos sin cabras y sin curas». No sé cómo era mi madre entonces, porque mi imagen de ella se formó más tarde y ahora la recreo, como «La Teresa» que encontrará en esta gavilla de textos. En aquellos años en los que sus amigos se marcharon a poner un bar en Basauri o a trabajar de porteros en una casa de la Gran Vía logroñesa, mi padre no quiso pasar su vida en una fábrica de tarteras como «Manolín», y se hizo un resistente, como los «Campesinos de Berger». Al final de su vida pasó «De la boina a la visera de propaganda», y así lo recuerdo yo, con una visera amarilla de piensos Ona que todavía guardo, montado en su Mobylette, que también guardo, y con la visera para atrás para que no se la volara el aire. Como ahora la lleva mi hijo Juan.

Mi infancia transcurrió entre los palos del maestro, que era partidario de la vieja pedagogía —«la letra con sangre entra»—, el humo de las velas y del incienso de la iglesia, las calles de ese pue-

blo de la Ribera en el que me crie, y donde sigo, y las parcelas de mi padre en el regadío. Las del secano eran más para los hombres que para mujeres y niños. Más tarde aprendí que aquella casa en la que me crie y fui feliz, a pesar de todo, era una explotación familiar agraria, esos centros de producción que le vinieron bien al régimen para alcanzar sus objetivos. Entre ellos, pretender que mi padre pasase «De campesino a empresario agrario o a no se sabe muy bien qué». Con mi padre fracasó primero la autarquía de Franco y luego la política agraria de la democracia. Nunca fue empresario agrario. Pero mi primo Roberto, sí. Y como mi primo, casi todos.

Terminé la escuela a los catorce años y la alianza del maestro, el cura y mi madre torcieron el surco. Decidieron que yo no iba a ser campesino, sino «letrado», en los términos que escribe Raúl Iturra. Comenzó el proceso de desarraigo. Cuanto más sabía de complementos directos, declinaciones del *rosa-rosae* y de ecuaciones de primer grado, menos sabía de podar, sembrar y esparrar.

Los años setenta transcurrieron Ebro abajo, Ebro arriba, siguiendo las vías del tren. Alcanadre, Alfaro, ida y vuelta, primero y Alcanadre, Zaragoza, ídem, después, contemplando por la ventanilla del tren cómo cambiaba el paisaje y arrancaban «El viejo pero». Mientras, yo crecía de espaldas a todo ese saber que años más tarde me recordaría en su casa en Tudelilla, para poder cuantificar la magnitud del desastre y mi ignorancia, «Jacinto Sagarna, el pastor del Gorbea».

Empezó entonces la gran transformación y algunos levantamos la bandera de la defensa de la explotación familiar agraria y creamos sindicatos, que ahora se llaman Organizaciones Profesionales Agrarias (OPA).

Totalmente ilustrado y con un título de licenciado en Matemáticas —Ciencias Exactas se decía entonces— me vine para casa a principios de los años ochenta y volví parcialmente al campo. Trabajé dos años en la Unión de Agricultores y Ganaderos, donde enterré parte de mi juventud en luchas campesinas que solo me

han dejado un puñado de amigos, bastantes conocidos y algunos saludados. Y en los últimos años, también varios a los que no les caigo demasiado bien. Con todo, el saldo es positivo. Luego pasé otros dos años trabajando en la Consejería de Agricultura —acababan de alumbrar la autonomía— con Javier Ruiz. Con él aprendí muchas cosas del campo y de su administración. Además, me enseñó la importancia de conjugar en la vida más el verbo ser que el tener. Pero lo mejor fue que allí conocí a Soraya y me casé. Durante esos años, el trasiego vital fue entre Alcanadre y Logroño. Volví a las ciruelas, a las viñas, a los olivos. Empecé a arraigarme de nuevo. Pero yo ya no era un campesino como mi padre, era un letrado.

La década de los ochenta terminó mal para los agricultores o empresarios agrarios. Hubo crisis y se les quedó esa mirada triste, como cuando «A la vaca le llora el ojo». En mi casa —bueno, en la de mis padres, que yo ya vivía aparte— esa crisis hizo que mi madre, ya mayor, tuviera que volver a la conservera, a embotar pimientos, y que mi padre soñara con una jubilación que nunca llegaba. En aquellos años se aceleró la desaparición de los campesinos y se dio una vuelta de rosca a la tuerca de la modernización agraria. «Tierra lleca», por todos los lados y una historia que se borra de un mangazo, la de los campesinos. Fueron «Días de bochorno», sobre todo para la tropa de expertos ilustrados que aterrizaron como paracaidistas en los pueblos para predicar la nueva «religión» del futuro del mundo rural. Como si los campesinos y algún que otro letrado, entre los que me incluyo, no supiéramos, a esas alturas, que el mundo rural no tenía ningún futuro. Aquella crisis de finales de los ochenta y principios de los noventa —años de ferias, expos y olimpiadas donde tan fácil era hacerse rico y no ir a la cárcel— dejó a muchos expertos con el culo al aire. Y ahí siguen desnudos, diciendo chorradas. Pero yo, desde entonces, ya no les escucho.

En aquellos años mi vida transcurrió entre despachos y majuelos. Procuré hablar mucho con agricultores y pastores, buscando a los pocos campesinos supervivientes de aquella ventolera que

PUERCA TIERRA

(EN RECUERDO DE JOHN BERGER)

*[Marcel] Era el único hombre del pueblo que plantaba manzanos nuevos. Después de prensar la sidra, tomaba una brazada de orujo y lo enterraba con todo cuidado en una esquina del huerto. Al año siguiente habían salido varios plantones. Los separaba, los cubría con pajote, y al cabo de tres años eran lo suficientemente grandes y resistentes para plantarlos en el huerto. Pasado algún tiempo los injertaba.**

¿Por qué plantaba manzanos Marcel? En la página 107 de *Puerca tierra* está la respuesta.

* John Berger. Texto entresacado de las páginas de *Puerca tierra*. Alfaguara, Madrid, 1989, el día en que murió J. B., 2 de enero de 2017.

A LA VACA LE LLORA EL OJO*

ME CUENTA UN GANADERO que a las vacas «les llora el ojo» y con ello comienza a mostrarme el lloro de su alma, claro está, partiendo del «lloro» de su bolsillo.

—Ni a cincuenta y seis papeles —me dice— quieren llevarse los terneros de seis meses. Hace un año, los de tres los pagaban a noventa.

Me habla de cuatrocientas pesetas el kilo de cordero, y traen sus palabras a mi memoria el cartel de mil seiscientas pesetas el kilo de chuletas de pasto, o el de dos mil doscientas el de lechal vistos minutos antes en la plaza de Abastos.

—No sé por qué sigo con las vacas —se lamenta y me cuenta que lleva unos días cogiendo peras, a jornal, en algún pueblo del valle del Iregua.

Las palabras de este hombre son un motor del pensamiento y veo a los agricultores de mi pueblo subiendo a la sierra este verano a ganar el jornal limpiando el monte.

Ganaderos que bajan del monte y agricultores que suben del valle a ganar el jornal.

Entre las gentes que quieren vivir de la tierra hay muchos que no pueden y, mientras haya algún jornal que llevarse a la alforja, todavía irán tirando.

Su trabajo ya no es su pelea día a día con la tierra, para vivir con ella. Es la dura batalla por sobrevivir sin dejar la tierra.

* Publicado en *La Rioja*, 19 de octubre de 1991.

Y ese no dejar la tierra obliga a trabajar en lo que sea y como sea. Agricultores del secano y ganaderos de la sierra se encuentran con portugueses, marroquíes o sudamericanos formando cuadrilla en la recogida de los frutos de las grandes fincas de la ribera y de los valles, a jornal o a destajo.

Son agricultores trabajando en tierras que no son suyas ni tampoco de otros agricultores. Son las tierras de los que forman la otra cara de estas cosas que me cuenta ese ganadero que tiene vacas a las que les «llora el ojo».

Algunos agricultores, como la luna, están en menguante y muchos todavía esperan la llegada del creciente después de alguna nueva.

Miran a las administraciones. A todas, que aún son pocas cuando se trata de mostrar lo que pasa, y muy educadamente, sin gritar, con la mansedumbre del que asume su destino, preguntan qué pasa.

Y las gentes que viven del mantenimiento del mecanismo que administra esta sociedad que nos hace acostarnos cada noche pensando que todo está en orden, siguen engrasando la máquina, como lo han venido haciendo desde hace veinte, treinta, o más años. No saben, y no se les ocurre, hacer otra cosa.

Y la sociedad ni se entera de que a la vaca de mi amigo le llora el ojo. ¡Como si no tuviera cosas más importantes de las que preocuparse!

Estas cosas, «así como de pueblo», que diría el doctor Benavides, el de la telenovela, no llegan ni a los noticiarios ni a los artículos de opinión; ni siquiera, por eso del lloro, a las revistas del corazón.

A lo más, si algún día la vaca, ciega por el lloro, cruza la carretera y provoca un accidente, saldrá en el recuadro de sucesos de la página veinticinco y en las noticias breves de la televisión casera.

Y acaso, si el embestido es persona conocida, salga a nivel nacional. Si no, nada.

TIERRA LLECA*

No SABE MUY BIEN el abuelo si con tres cántaras de vino llegará para el videojuego en el que el nieto se quema las cejas matando tortugas monstruosas al grito de «¡Qué guay, abuelo!», que se agradece tanto como un prolongado silencio después de tener el cerebro destrozado por ese monótono «piiiiiiiiiiii, piiii, piiii, piiii...» que acalla toda voz natural esa tarde en el pueblo.

Hace ya tiempo que dejó de calcular en kilos de patatas, cántaras de aceite y farcas de manzanas peruconas cuánto costaban todas esas cosas con las que sus hijos que marcharon —y los hijos de sus hijos— llegan de tarde en tarde a la vieja casa de adobe con rugosa parra. Y, sin embargo, es su ilusión tener preparadas las verduras y las frutas, y el aceite y el vino... esas cosas paridas aquí en la tierra, «porque vete a saber si no lo que estos comen», decía, cada tarde de visita, mientras cortaba con la navaja las largas hojas del cardo y ataba un manojo de cabezas de ajo que acababa de bajar del alto. En pesetas, lo que cuesta la muñeca que, arrastrándola del pelo, trajo la nieta.

Pero él hace ya mucho tiempo que aprendió sus cuatro reglas básicas en las cosas del dinero y desde entonces poco tiempo le quitan esas historias de las que siempre hay alguien hablando cuando Lucas, alguna tarde, en el solano, pone la radio. Él entenderá o no lo que dice aquel fulano, mientras sigue pensando en la pimienta lacia, mirando al cierzo por ver si sacará el agua. Sabe bien, porque siempre ha sido, que «los años de mucho, menos beneficio», y que,

* Suplemento *El Campo* del diario *La Rioja*, 25 de enero de 1992.

igual que en el puchero, en la ciudad, todo lo que sube no baja, y oyendo la radio mata la tarde, al abrigo del cierzo, en el solano, viendo la huerta, y de tanto en tanto recuerda que «donde no hay mata, no hay patata».

Vio llegar los primeros tractores al seco y marcharse a los primeros hombres. No tragó cuando le quisieron cambiar su burra por una mula mecánica. Y alguna tarde, sin compañía, se sienta, con algo entre las manos, a ver pasar el tiempo en la televisión en color, que ocupa el hueco de la vieja radio.

Le enganchan los anuncios y el señor del tiempo, con el que discute alguna vez:

—¡Me dice que mañana de seco y daba miedo ver los halos del sol al caer la tarde!

Y al tiempo que apaga la tele y sigue haciendo migas con las manos, deja caer como un lamento:

—Más le valdría mirar al cielo.

Toda una vida viendo a la gente dejar de ser para tener. Cambiando el ser agricultor por tener un puesto fijo, o un bar, o una carrera.

Primero, los que no podían dar de comer a tanta boca, y los demás después. Y dicen que todavía sobran la mitad. De casi todo sobra la mitad. Y de aquí se irán bastantes más de la mitad. ¿A quién le importa? Lo dicen los que mandan y los que saben. Los que llevan toda una vida organizando la vida del viejo, como si él no supiera que mañana al alba no habrá hielo y que antes de las diez tendrá el agua en la boquera para alegrar la tomatara seca.

Hace ya tiempo que oye y escucha, en calma, todo lo que hablan. Hace ya tiempo que decidió guardar la mala hostia para las noches al raso, y la mañana airosa, para el trato roto y para la burra coceadora.

Cualquiera, desde la ciudad, puede decir que sobran agricultores y no pasa nada. Cualquiera puede decir que desaparezcan los pueblos y nadie hará nada.

DÍAS DE BOCHORNO*

—HAGA USTED LO QUE le venga en gana, buen hombre —responde el experto—, pero sepa que el futuro del mundo rural pasa por diversificar y terciarizar su economía.

—Yo lo único que sé —responde el rústico— es que ni Dios quiere las patatas.

—Y dale con las patatas. Con esta gente no vamos a ningún sitio.

A estas alturas no se puede perder el tiempo en esos menesteres, cuando algo tan importante como el futuro del mundo rural anda en juego. Nada más ni nada menos que las masías del Ampurdán de Pla, los pueblos castellanos de Delibes, las aldeas de Cunqueiro y los caseríos de Baroja.

Su salvación vendrá de los estudios de los expertos, que han sustituido, en este final de siglo, a las «Encuestas sobre la Crisis Agrícola y Pecuaria» que el Ministerio de Fomento realizaba a través de las jefaturas agronómicas provinciales a finales del siglo pasado.

¡Menudo filón han encontrado los expertos!

Solo hace falta vivir en un pueblo para saber que en el mundo rural hay menos servicios públicos que en las ciudades, que la población está más envejecida, que las casas están peor acondicionadas, que la oferta cultural no abunda, y que en las ciudades hay cuatro veces más tocadiscos por cada mil habitantes, aunque en los pueblos haya más máquinas de coser.

* Suplemento *El Campo* del diario *La Rioja*, 8 de agosto de 1992.

Pero en esta sociedad desarrollada las cosas no ocurren hasta que no las constata el experto.

Ese desfase existente entre la percepción del problema por el rústico y su ratificación por el experto pone en evidencia graves fallos de comunicación en una sociedad que, precisamente, se enorgullece de los grandes avances en este campo.

—Sí, pero bien nos está jodiendo —dice el rústico.

—Lo suyo, buen hombre, es un problema estructural agravado por una situación coyuntural del mercado.

—Pues si no pongo patatas, ya me dirá usted lo que pongo.

—¡Y dale con las patatas! ¿No se da usted cuenta de que hoy lo importante ya no es producir?

—Mayormente, yo es lo que sé hacer y lo que he hecho toda mi vida.

Después de pasar toda su vida oyendo que tenía que producir más y mejor, y de hacer el tremendo esfuerzo necesario para conseguirlo, resulta que ahora le dicen que produzca menos y que le dan dinero para que no cultive la tierra, para que se jubile antes de tiempo, para que se haga hostelero, conservador de la naturaleza o guarda forestal.

¿Cómo es posible soportar esta ruptura mental sin volverse loco? Por mucho menos, algunos *yuppies* de la economía terciarizada llenan las salas de espera de los psiquiatras.

—Le veo a usted un poco preocupado.

—Será el bochorno.

—Lo que pasa, buen hombre, es que usted no está organizado, y con las estructuras actuales tiene graves problemas para ser un agricultor eficiente, que es lo que necesita la agricultura de este país para ser competitiva.

—¿Sabe usted lo que pasa? Que no pintamos nada, que a cualquier chiflaibaila le hacen más caso que a nosotros. Si las patatas fueran tuyas, de usted, es un decir, ¡otra cosa sería!

—¡Joder con las patatas!

LOS CAMPESINOS DE BERGER*

YA NADIE PONE UNOS puñados de paja debajo del cuello de la vaca para que no le rocen los hierros de la caja del camión en el que la llevan al matadero. Nadie encierra a los inspectores de Hacienda en el pajar con las ovejas por ver de meterles en la cabeza otros valores que no sean los del dinero. Ya no quedan campesinas como Martine, ni campesinos como Marcel. Y si los hay, es difícil dar con ellos. Tampoco ahora parece que las vacas se vuelvan locas por la añoranza del toro, como Rousa. Es más bien por otras cosas.

Los campesinos que sobreviven en las páginas de *Puerca tierra* no son agricultores, son los últimos supervivientes de una cultura «que desaparece», son los campesinos de John Berger.** Orgullosos de su saber hacer: «En veintisiete años, esta es la primera vez que una de mis vacas tiene un accidente»; hechos en el trabajo continuado: «En dos años en la cárcel, lo único que me han quitado es la costumbre de trabajar»; al abrigo de la rutina de la supervivencia: «En casa, en el establo, el lugar que ocupa la vaca sacrificada está vacío. Pone en él a una de las novillas jóvenes. Para el próximo verano, la novilla habrá aprendido a reconocerlo, de modo que cuando la encierren por la mañana y por la tarde para el ordeño sabrá cuál

* Alcanadre, esperando el verano de 1996. Se publicó en una revista «efímera» de los movimientos sociales que surgieron en oposición a los acuerdos de comercio mundial (GATT).

** Todas citas proceden de John Berger: *Puerca tierra*. Madrid: Alfaguara, 1992.

es su sitio en el establo»; reacios a la introducción de «las novedades» en sus vidas, como garantía para la supervivencia: «Si falla y he roto con la experiencia, ¿qué me queda?»; la negativa de Marcel a reconocer la existencia del tractor que compró su hijo: «Liberator, *avec encore plus de confort*», dice la propaganda. Falsas promesas. «Su tarea es terminar con todos nosotros», dice Marcel; conscientes de su papel en un sistema económico que no es el suyo: Marcel no entiende que tenga que pagar a los inspectores de Hacienda por el aguardiente que sacó de sus manzanas y escenifica su venganza, «que termina en derrota porque solo te puedes vengar de aquellos que son como tú. Con los otros no hay venganza posible, son de otro tiempo. Nunca sabrán de qué nos vengamos».

John Berger nos sitúa, al situarse él como escritor, en el escenario en el que actúan los campesinos que construyen sus historias, su entorno, sus cotilleos... Describe desde la distancia «del forastero» la vida en la montaña y la muerte, tan presente en las formas sociales de los campesinos. El ciclo vida y muerte, continuamente presente en la rutina del hacer campesino. Una rutina que poco o nada se parece a la repetición mecánica de los trabajos industriales. La rutina de los campesinos está sometida a continuos cambios. «Cada día experimenta, no solo más cambios, sino también más directamente relacionados con su existencia, que cualquier otra clase social... Apenas se produce un cambio en el entorno del campesino, ya sea en las nubes o en las plumas de la cola del gallo, sin que él se dé cuenta de ello y lo interprete en términos de futuro».

Sin examinar «la noción de cambio» desde una óptica diferente no es posible entender el significado del conservadurismo del campesino en relación con el conjunto de su experiencia, dice Berger en el epílogo de su obra.

Después de contarnos unas bonitas historias de campesinos, algún que otro cotilleo sobre sus vidas, que nos permiten conocerlos, y un puñado de poesías, John Berger nos deja un epílo-